

otros de nuevo con el mayor acierto; y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á la reformation de las costumbres de su pueblo, y á poner en el mejor orden las acciones eclesiásticas, distribuyéndolas según la cualidad de las personas, procediendo con tanto escrúpulo en orden de éstas, que sin embargo de su gran sabiduría, consultó á S. Braulio sobre las providencias que debia tomar con cierto prelado que entró en el ministerio por medios menos dignos, y con algunos diáconos que escedieron los límites en la administracion de los sacramentos.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo celebrar varios concilios, que lo fueron el octavo, nono y décimo toletanos, en los que presidió tanto por la autoridad de su silla, como por su eminente sabiduría, acreditándose ésta y su justificacion en los cánones que se establecieron en aquellas célebres asambleas.

Tambien escriben algunos, que aprovechándose el santo prelado del zelo que manifestó por la fe católica el rey Recesvinto, á quien ungió según la costumbre de los godos, empenó toda su reputacion en la conversion sincera de los judíos de España, los que ilustrados por sus continuos catequismos y sabios discursos, representaron al rey con ingenuidad, que aunque hasta entonces habian aparentado profesar la religion cristiana en virtud del decreto de Chintila, habian sostenido en el interior su error, el que abjuraban en fuerza de las instrucciones de Eugenio.

No robaron al Santo tanto el tiempo sus fatigas apostólicas que no le diesen treguas para la contemplacion, para otros ejercicios santos, y para el estudio de las ciencias, con el fin de que aprovechase á muchos la ilustracion de su doctrina. Así lo acreditan las obras que compuso en verso y prosa, que pueden verse en la magnífica edicion hecha con la mayor critica por el Emmo. Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Memorable entre ellas la correccion del poema del doctísimo Draconcio, bajo el título de Exameron, sobre los seis dias primeros de la creacion del mundo, supliendo el séptimo que faltaba al lleno de aquel asunto con tal energía, que parece salió mas hermoso de la mano del corrector, que de la del primer autor del pensamiento. Tambien compuso un primoroso libro acerca de la santísima Trinidad, el que nos robó el tiempo, donde trató el misterio con tanta delicadeza, con tanta claridad, y con estilo tan superior, que de él espresó S. Isidoro, que era digno de enviarse al Africa y á la Grecia, señalando estas dos provincias, ó bien porque en ellas florecian por entonces varones eminentes, ó bien porque en las mismas restaban todavia

algunas reliquias de la herejia arriana, contra cuyo error se dirigia el escrito principalmente.

Finalmente, cargado Eugenio de años y merecimientos, murió en la muerte de los Santos en el dia 13 de noviembre del año 637, según el mas arreglado cálculo, despues de haber gobernado su obispado como un verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de casi diez años. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. Leocadia, y sobre su túmulo se puso el epitafio que él mismo habia compuesto en ocho versos heróicos, cuyas letras iniciales forman su nombre, indicando las finales la miseria de esta vida: prueba nada equívoca de lo presente que tuvo siempre la muerte. Al cual añadió otro elegante epitafio su sobrino y sucesor S. Ildefonso, que reducidos á prosa sus versos, dicen: *Aquí yace el venerable cuerpo del gran prelado Eugenio, el cual ilustra al templo de Sta. Leocadia; fué monje, y cuando mas huia de la sombra de los mortales, fué electo pontífice del orbe de Toledo. Su vida fué bienaventurada, sus costumbres purísimas sin alguna mancha. Emulo de Isidoro, é imitador de Leandro.*

SAN ARCADIO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo sacrificados al furor de los vándalos, señala el Martirologio Romano á S. Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulilo, á quienes venera por sus patronos la antigua villa de Medina-coeli. Eran todos naturales de España, y oriundos según nos dicen varios escritores de la ciudad de Salamanca, y si bien distinguidos por su valor y por su calificada nobleza, lo fueron mucho mas por la heróica constancia con que se mantuvieron firmes en la fe católica. Siguieron Arcadio y sus compañeros como militares de profesion el ejército de Genserico rey de los vándalos, cuando pasó este impío príncipe á persuasion de Aecio con ochenta mil combatientes de España al Africa contra el emperador Valentiniano, con el injusto designio de hacerse dueño de aquella preciosa parte de Europa que con efecto cayó en poder de estas gentes feroces, que á la barbaridad de su temperamento añadian la impia profesion del arrianismo; y como Genserico era uno de los mas acérrimos defensores de la execrable herejia, luego que empuñó el cetro, comenzó á perseguir á los católicos, haciendo que los obispos saliesen desterrados de sus iglesias, y los nobles del país, despues de haberlos despojado de sus empleos y de sus bienes.

Habian servido Arcadio y sus compañeros á Genserico con

aquella lealtad que les inspiraba su ilustre nacimiento, acreditando tanto en tiempo de guerra como de paz su valor y su exactitud en todas las expediciones y encargos que se fiaron á su cuidado; en virtud de lo cual obtenian en palacio los empleos mas honoríficos, haciéndose amar y respetar por la arreglada circunspeccion de sus costumbres y por la justificacion de sus providencias. Hasta el mismo Genserico les manifestaba su grande estimacion en todas las ocasiones, agradecido de la fidelidad y del honroso porte con que le servian; pero como tantos y tan distinguidos méritos no llenaban el corazon del bárbaro principe, faltándoles la cualidad de ser arrianos, empleó toda su autoridad para reducirlos á que profesasen la execrable maldad de aquel monstruo infernal que vomitó el abismo para romper la union del cuerpo místico de la Iglesia. Valióse Genserico para ello de cuantos medios pudo sugerirle su obstinacion, manifestándoles que le darian el mayor gusto en seguir su partido, bajo el seguro, que añadiendo este nuevo mérito á los muchos que tenian contraidos en su real servicio se harian acreedores de los mayores empleos de la república, con que los premiaria; pero viendo que al compás de su empeño crecia la firmeza en los ilustres confesores de la divinidad de Jesucristo, apeló al poder, amenazándoles con los castigos mas enormes en caso de resistirse á su voluntad.

No aterraron las conminaciones del bárbaro los ánimos de los esforzados militares de Jesucristo, aun cuando les constaba las tiranias que su impiedad ejecutaba con los católicos, antes bien revestidos de aquel valor y de aquella constancia de que se forman los héroes del cristianismo, le hicieron entender el horror con que miraban la execrable blasfemia de la herejia arriana. Sintió en el alma Genserico ver desvanecidas sus intenciones; y queriendo probar la constancia de los ilustres confesores, determinó castigarlos con sucesivas penas: porque el deseo que tenia de conservarles las vidas tan importantes á su servicio, le movieron á darles tiempo, creyendo que á fuerza de aflicciones mudarian de dictámen. Despojó ante todo á Arcadio, Pascasio y Eutiquiano de los empleos que tenian en su palacio, escepto al niño Paulilo, y les confiscó sus bienes; pero advirtiendo que la miserable constitucion á que redujo á los nobles caballeros, no solo no alteró su tranquilidad, sino es que les sirvió de estímulo para que predicasen con nuevo aliento la fé católica por las calles y por las plazas, mandó desterrarlos de la ciudad con ignominia, y salieron los ilustres confesores llenos de una alegría extraordinaria á cumplir la injusta providencia del tirano, manifestando

en todas sus espresiones y en todas sus acciones su firme resolucion de no rendirse jamás á la voluntad de aquel bárbaro soberano. Desengañado éste que se cansaba inútilmente en todas sus tentativas, dió orden para que los pusiesen en una dura prision, en la que les hizo padecer imponderables tormentos; que aunque no los especifican los escritores de sus actas, todos convienen en que fueron atrocísimos, en atencion al carácter de aquel principe inhumano, uno de los mas crueles que se han conocido en los siglos.

Supo el obispo de la ciudad Constantina del Africa (bien fuese Antonino ú Honorato, en lo que se diferencian los escritores) la constitucion en que se hallaban los nobilísimos caballeros, y para alentarlos á que se mantuviesen constantes en la fé católica, dirigió una carta á Arcadio llena de aquellas sabias y zelosas espresiones, que caben en un prelado que intentaba consolar á los afligidos y animar á los católicos á que diesen pruebas de su constancia en el lance mas crítico, que lo exigian así las circunstancias en que se hallaba la Iglesia. *Ve, Arcadio, le decia entre otras cosas, que te mira Jesucristo, y se está alegrando de tu firmeza: ve que se regocijan de ella los ángeles, y se ofrecen en tu ayuda: ve que están contigo los lucidísimos coros de los mártires que te han precedido, los que te esperan, te defienden y te coronan: ruegote que no permitas que otro reciba la corona que te espera, pues la Iglesia católica te guarda como á un insigne mártir, para honrarse contigo como con otro Estéban.* No necesitaba Arcadio de esta exhortacion para dar pruebas de su fé; pero con todo apreció la carta de aquel zeloso prelado; y dándola á leer á sus compañeros, se encendieron todos en vivísimos deseos de sellar con su sangre la infalible verdad del sacrosanto dogma, que era el punto cardinal de las reñidas controversias entre los ortodoxos y los herejes arrianos.

Finalmente irritado Genserico de ver el ningun efecto que producian sus esfuerzos para rendir á su partido á los ilustres confesores de la divinidad de Jesucristo, los sentenció á pena capital. Probaron los verdugos la constancia de Arcadio, Probo, Pascasio y Eutiquiano con diferentes é inauditas crueldades, haciéndoles padecer esquisitos tormentos, hasta que á fuerza de ellos lograron la apetecida corona del martirio en el dia 13 de noviembre cerca del año 437.

Siguió despues los pasos de los ilustres mártires el niño Paulilo ó Paulino, hermano de Pascasio y Eutiquiano, á quien amaba en extremo Genserico por su rara hermosura y por la perspicacia de su ingenio. Pareció al tirano que le seria fácil reducirlo en

atención á sus tiernos años ; pero luego que le propuso el que abrazase la secta arriana, le respondió no como niño sino como un varon perfecto, detestando la execrable blasfemia. Quiso el tirano atraerlo á su partido con fingidos halagos y con ofrecimientos ventajosos ; mas viendo que de nada aprovechaban sus tentativas, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó azotarlo con la mayor crueldad con varas y con cordeles. Sufrió Paulino con un valor y con una fortaleza escesiva á su edad la inhumanidad de aquel castigo ; pero juzgando el tirano que si mandaba quitarle la vida, se diria que habia sido vencido por un niño contra su real decoro, lo destinó á la miserable constitucion de esclavo, para que sirviese en los mas despreciables y penosos ministerios, persuadiéndose que el tedio y la infamia de semejantes oficios seria capaz de turbar la constancia de su entendimiento ; mas aquel cuya fe no pudo separar de su corazon la sevicia, menos pudo impedir la victoria la máquina del tirano. Ultimamente toleró Paulino aquel prolongado género de martirio con invencible constancia, hasta que quebrantadas sus fuerzas con los continuos trabajos, entregó su dichosísima alma en manos del Criador en la misma persecucion vandálica.

Recogieron los cristianos los cuerpos de Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulino, y les dieron sepultura con la cautela que exigian aquellas lamentables edades ; y trasladados en lo sucesivo á España, los depositaron en la iglesia de S. Romano de la ilustre villa de Medina-cœli, que los venera por sus patronos ; donde se digna el Señor obrar muchos prodigios por la intercesion de sus fidelísimos siervos, á quien se profesa una grande devocion así en la enunciada villa, como en los pueblos circunvecinos.

SAN HOMOBONO, MERCADER Y CONFESOR.

TODAS las profesiones seculares legítimas y lícitas han dado al cielo ininidad de santos, para que no tengan excusa alguna los perezosos en cualquiera estado. En la infancia del mundo los hombres eran por lo comun pastores y tratantes en ganados, y antes de que hiciese progreso la agricultura vivian por lo regular en tiendas campestras portátiles ó movibles, y luego que las producciones de la tierra se apuraban en un terreno iban á otro á buscar su sustento. Las artes útiles eran entonces muy pocas y muy imperfectas ; el vestir simple y mediano, y las casas, refugio tan necesario para los hombres, á los principios, aun en los climas mas frios, eran fabricadas de lodo ó de ramaje ; te-

niéndose en algun tiempo por gran progreso en la arquitectura haber construido casas de maderos fuertes, aunque no pulidos, disponiéndoles de modo que formasen pared. La industria, la conveniencia y el lujo han descubierto y perfeccionado las artes en el mundo, cuyos progresos manifiestan contra los modernos deistas que no esceden de la edad que les señala la sagrada historia de Moisés. El comercio en su origen no fué mas que un cambio ó permuta de una especie por otra ; pero desde la invencion de la moneda, que equivale á todo género de cosas, se hizo el trato y comercio tan importante en la república del mundo como la agricultura misma ; y se ha reputado con razon fuente de la riqueza, fuerza, columna y ornamento de una nacion : aunque el cultivo de la tierra, que ofrece una mina de las entrañas mismas de ella sin otra permuta, y con que subsiste todo el género humano, merece siempre la primera consideracion en los ojos del público, recibe el fomento de sus manos, y lejos de permitir que se vilipendie su profesion, la honra y la favorece con franquicias y beneficios. El comercio se ha mirado muchas veces, y aun por lo comun, como una ocasion próxima del demasiado apego á las cosas del mundo, ó un deseo inmoderado de ganancia, así como de mentiras, de fraudes y de injusticias. Que estos son vicios del hombre, y no defectos de la profesion, se mostrará claramente por el ejemplo de este y otros muchos santos.

Homobono fué hijo de un mercader de Cremona en Lombardia, quien en el bautismo le dió este nombre, que significa *hombre bueno*, siendo el de su familia Tucinge. Mientras le educaba en sus mismos negocios y ejercicio mercantil, sin darle escuela alguna de otra especie, le inspiraba con su ejemplo é instrucciones los sentimientos mas perfectos de probidad, integridad, religion y virtud. Desde su infancia concibió el Santo un aborrecimiento grande á la mas leve sombra de injusticia y de fraude, y con el temor de Dios siempre delante, hubiera querido mejor perder las mayores ventajas, y aun permitir la pérdida de todo su caudal, que inquirar su alma con el pecado mas leve. Esta regla es indispensable principalmente á todo el que esté ocupado en el tráfico ó comercio, como que en él aun los menos avaros incurren con la ocasion en mil defectos mortales, que con facilidad les disfrazan la codicia, á no estar siempre muy sobre sí y sumamente vigilantes sobre sus sentidos. Un hombre que está contento y dispuesto siempre á sufrir cualquiera pérdida ó contratiempo, y aun la ruina de sus intereses temporales, antes que incurrir en una mentira ó en otro cualquiera modo de ofensa voluntaria de Dios, hace de sí mismo un sacrificio constante de obediencia en la

disposicion esta de su alma, y se asegura para siempre una eterna paz: porque un espíritu que encuentra todo su consuelo y alegría en la gracia y en el amor divino, y en los bienes de la eternidad, está muy lejos y muy á cubierto de la ansiedad y de las turbaciones que ocasionan los perecederos bienes de esta vida, especialmente si se sacrifican en su uso á la religion. Pero la probidad aun en el mundo merece á veces muchos sucesos felices temporales: porque aunque se verifique que uno salga ganancioso en ciertas ocasiones con la injusticia y el fraude, pero es siempre una máxima indudable que la honestidad es la mejor política, y que un hombre por ningun medio gana tanto en sus negocios como por una integridad inmutable, y una veracidad indefectible mediante la gracia de Dios, ganando un hombre de este modo una reputacion la mas apreciable, que es el tesoro de la mayor fortuna. Esto lo esperimentó S. Homobono en un suceso inesperado en su comercio, cuyo aumento fué tambien debido despues de la bendicion de Dios, á su economía, cuidado é industria. Miraba su tráfico como destino dado por Dios, y lo seguia con diligencia, siendo su objeto la obediencia á las divinas leyes, y á la justicia que se debía á sí mismo, á su familia, y la república, de que debía ser en conciencia un miembro útil y fructífero. Si los libros del comerciante no se guardan bien, si no se observa orden y regularidad en todo el manejo de su trato, si no se aplica á la continua atencion de aquel destino, menosprecia aquella obligacion esencial, y tambien será indigno de llevar el nombre de Cristo. Homobono es santo porque con el objeto de la virtud y de la religion desempeñó todas las obligaciones de su estado.

Por consejo de sus padres tomó por mujer una virgen virtuosa, que asistia con mucha vigilancia y fidelidad al gobierno de aquella casa y familia, cuya conducta como la de todas las personas que la componian respiraba santidad, y atencion al servicio del dueño comun. Aquellas pasiones que por parecer pequeñas suelen despreciarse, tanto en otros estados y modos de vida, como en este, suelen ser la esclavitud mas insoportable y causas de mayores miserias y tribulaciones. ¿Cuántos en lugar de regocijarse se entristecen de la prosperidad de otros tratantes, y descubren sus faltas con un rencor que todo el que les oye no puede menos de atribuirlo á envidia y falta de caridad? ¿Cuántos pretenden elevar sus familias por medio de iniquidades y sórdidos tratos? ¿Cuántos no están abismados en una pasion inmoderada de riquezas? Porque aunque la opulencia sea don de Dios, ni debe codiciarse, ni abusarse tampoco de ella; porque estar siempre sediento de ri-

quezas es un pecado gravísimo y mortal. Esta sola cosa es toda la filosofia de un tratante, el punto de mas importancia en la vida comercial; todo el fuerte de este negocio debe ser domar el lujo, ó pasion desordenada por riquezas, arreglar con moderacion el deseo de ellas, y estar en todo lance resignados y tranquilos deseando que se cumpla la voluntad de Dios, que conoce mejor que nosotros nuestros intereses. En cuanto al pretexto de que es necesario dejar para los hijos, no hay duda que es punto de justicia un cuidado prudente por ellos; pero en todo caso y contratiempo debemos considerar que la mejor herencia es la bendicion y la gracia de Dios; y que á veces el mejor patrimonio que se les deja es la instruccion y la educacion en industria y en virtud, para que se vean en la precision de buscar con sus fatigas y ocupacion el caudal que de otro modo suele servirles de disipacion y ruina. La ambicion, la vanidad y la soberbia son tambien unos vicios muy comunes en esta profesion, los cuales deben rechazarse con la modestia, la moderacion y la sencillez. Todo lo que es excesivo en vestido, aparato y casa es un dispendio afectado y pecaminoso; por consiguiente ofensivo á otros, y aun penoso para ellos mismos. Un hombre de baja estatura solo podrá parecer alto violentándose sobre las puntas de los pies: nada pues que no sea natural puede ser cómodo. El comerciante es el honor y el apoyo de la sociedad; pero un aparato ostentoso es lo que menos conforme parece á su carácter, y lo que menos puede contribuir á la felicidad de su estado. Esta vanidad suele manifestarse ó en la estravagancia de los gastos, y en la afectada negligencia en su tráfico, ó bien en empeñarse en proyectos extraordinarios y sumamente azarosos, que á veces vienen á parar en un claro latrocinio, en la injusticia de la ganancia, ó en algun fraude cometido contra una viuda, unos huérfanos, unos amigos ó parientes próximos que pusieron á su cuidado sus caudales. La negligencia y el amor á la diversion y á los placeres distractivos en un hombre de tráfico son crímenes de mucha enormidad. La moderacion cristiana y el gobierno de las pasiones son el baluarte del alma contra estos peligros, juntas con la prudencia constmada. Con aquellas virtudes evitó S. Homobono las comunes rocas en que dan tantos tratantes intrépidos y altivos. Con su profesion misma además de esto llegó á tocar aquel gran fin que todo cristiano debe proponerse en sus acciones, que es la santificacion de su alma; para la que en este estado halló oportunidad bastante de ejercitar todas las virtudes en un grado heróico. Con admirable paciencia sufrió el capricho, la sinrazon, la injusticia y la arrogancia de muchos con quienes tenia que

tratar, y con su paciente silencio, suaves respuestas, ó volviendo favores por injurias, venció siempre la arrogancia y la malicia, y quedó siempre dueño de su alma. Tan admirable llegó á ser esta gracia en él, que se decia comunmente en Cremona, que habia nacido sin pasiones.

La caridad con el pobre es una parte distintiva del carácter de todo discípulo de Cristo, y hace que tenga lugar la justicia, tributo que los mercaderes deben á Dios de sus ganancias; y esta sin duda fué la virtud favorita de Homobono. No contento con dar sus diezmos á los miserables miembros de Cristo, despues de la muerte de su padre (de quien heredó un caudal exorbitante en el comercio, además de una casa en la ciudad y una pequeña aldea en el campo) pareció no querer poner límites á sus limosnas: buscaba á los pobres en sus cotarros, y mientras con la mayor ternera aliviaba sus necesidades corporales, les exhortaba amablemente al arrepentimiento y santidad de vida. Quejábase muchas veces su mujer de que con sus escesivas limosnas habia de reducir muy presto su familia á la mendicidad; pero él la respondia mansamente, que dar limosna al pobre era poner dinero á grande interés, como un ciento por uno, á cuyo pagamento se habia obligado el mismo Jesucristo. Nos asegura el autor de su vida, que Dios recompensó sus caridades con los milagros que obró á veces en aquellos á quienes él remediaba, y aumentando considerablemente sus almacenes. Su abstinencia y su templanza no eran menos admirables que sus limosnas. Su continuidad en la oracion condena las falsas máximas de aquellos que ponen por pretexto de su desidia los negocios de su tráfico, haciendo incompatible la vida de comercio con la de oracion. En este santo ejercicio gastaba Homobono mucha parte de su tiempo, y unia la oracion con sus mismos negocios por medio de frecuentes aspiraciones con que elevaba su mente á Dios con sentimientos de compuncion, de divina alabanza y amor, en medio del cúmulo distractivo de sus tratos, de modo que la tienda, el retrete, la calle y todo lugar era para él á propósito para la oracion. Tenia costumbre de ir todas las noches á la iglesia de S. Gil, y asistir á los maitines, como lo hacian en aquel tiempo muchos legos; y no dejaba la iglesia hasta que oia misa por la mañana. En este sacrificio era tal el ejemplo de su fervor y recoleccion, que inspiraba los mismos sentimientos á los que con él la oian. Algunas veces esperaba á que el sacerdote principiase la misa, postrado ante un crucifijo en el mismo pavimento. El desidioso era movido á la virtud, y muchos pecadores se convertian de sus vicios con el ejemplo de su vida y la uncion de sus discursos. Domingos y

dias de fiesta les consagraba enteros á sus devociones: la oracion acompañaba todas sus acciones, y en este mismo ejercicio fué en el que dió su alma á su Criador. Porque en 13 de diciembre del año de 1197 se hallaba asistiendo á maitines como acostumbraba, y se quedó de rodillas ante un crucifijo hasta que principiase la misa. Al *Gloria in excelsis* estendió sus brazos en figura de cruz, y á poco tiempo cayó de cara en el suelo; cuya accion la creyeron los que le miraban de mera devocion. Cuando vieron que no se levantaba al Evangelio, fueron á ver su causa, y acercándose á él algunas personas conocieron que habia espirado. Sicardo, obispo de Cremona, despues de un riguroso escrutinio de sus virtudes y milagros, pasó á Roma con otras personas venerables, á solicitar su canonizacion que formó el papa Inocencio III despues de los necesarios exámenes, y publicó la bula en el año de 1198. El cuerpo del Santo fué sacado en el de 1356, y trasladado á la catedral, pero su cabeza permanece en la iglesia de S. Gil. (*Butler.*)

SAN NICOLÁS I, PAPA Y CONFESOR.

EL papa S. Nicolás, el primero de su nombre, llamado el *Grande*, por las victorias que (segun el vaticinio de su nombre, que se interpreta *vencedor*) logró en reprimir á los perturbadores de la paz de la Iglesia. Sucedió á Benedicto III, y era diácono de la Iglesia de Roma, su patria, cuando subió á la sede pontificia el dia 24 de abril del año 858, siendo consagrado el mismo dia en la iglesia de S. Pedro, y hallándose presente el emperador Luis II. En 860 envió legados á Constantinopla para examinar la causa de S. Ignacio, y pronunció anatemas contra Focio, hombre artificioso y soberbio, autor del deplorable cisma que aun divide las Iglesias latina y griega. Nicolás resistió tambien á diferentes principes; y entre otros de los muchos actos que dió de firmeza, es digno de notarse aquel en que obligó al emperador Lotario á que se separase de Valdrada, su concubina, despues de anular los decretos de los dos concilios que habian aprobado el divorcio de dicho principe con Theutberga, su esposa. La paternal solicitud del pontífice por la propagacion de la fe dió por resultado la conversion de Bógoris, rey de los búlgaros, quien con motivo de una hambre que afligia á sus estados, y de la que se libertó á sí y á sus pueblos invocando al Dios de los cristianos, en 865 abrazó la religion cristiana con una gran parte de su nacion. El año siguiente envió este rey á su propio hijo y á muchos señores principales de su corte á Roma, con ofren-

das para S. Pedro y con el encargo de pedir al sumo pontífice obispos y sacerdotes, consultándole al mismo tiempo acerca de ciento y seis cuestiones que tenían relacion con el culto y con las costumbres, á las cuales contestó el pontífice con otros tantos artículos que son célebres en la historia de la disciplina eclesiástica. Por el mismo tiempo mandó Nicolás tres legados á Constantinopla, pero habiendo sido indignamente maltratados al llegar á las fronteras del imperio, se vieron obligados á volverse á Roma. En 867 el heresiarca Focio juntó un conciliábulo en Constantinopla, en el cual se pronunció sentencia de deposicion contra el papa Nicolás, y de escomunion contra todos los que comunicaban con él; y se declaró que la traslacion del imperio romano al Oriente, llevó consigo la cátedra pontifical de S. Pedro, dando la primacia sobre toda la Iglesia á Constantinopla, nueva Roma. Aflicto el corazon del pontífice por aquellos escesos que turbaban la paz, escribió entonces á los obispos de Francia, que se hallaban reunidos en el concilio de Troyes, una carta llena de uncion y de caridad, en la cual les daba cuenta del estado de las cosas, y acababa exhortándoles á trabajar con todas sus fuerzas para reconquistar la unidad que los discolos habian roto. Poco despues de este suceso, afligido por los males de la Iglesia, y en medio de los trabajos importantes que habia emprendido para aliviarlos, Nicolás acabó santamente sus dias, muriendo el día 13 de noviembre del año 867, despues de un glorioso pontificado. El mundo cristiano lloró la pérdida de este pontífice con muestras de sensible dolor; y especialmente fué llorada en Roma, donde sustentaba diariamente y sin escepcion a todos los pobres que no podian proporcionarse el sustento. La Iglesia colocó con toda solemnidad en el número de los Santos; y sus contemporáneos le dieron el título de *Grande*, título que la posteridad ha confirmado, pues en efecto fué uno de los mas insignes y virtuosos pontífices que han ocupado la silla de S. Pedro. Miraronle en todo el orbe cristiano como un papa puesto por la Providencia en aquellos tiempos borrascosos, para oponerle como un muro de bronce al escándalo de los principes incontinentes, y á los atentados del cisma y de la intrusion. Restan todavía sobre cien cartas é instrucciones de este pontífice, aunque escribió muchas mas por las diferentes consultas que de todas partes le hacian; y sus respuestas llenas de aquella claridad y precision que los mayores enemigos de la Iglesia no han podido menos de admirar en los romanos pontífices, fueron recibidas como oráculos. (*Berault Bertcastel.*)

La misa (para el comun de la Iglesia) es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la que sigue:

Oye, Señor, favorablemente podemos confiar en nuestra justicia, seamos amparados con la proteccion de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 de S. Pablo á los filipenses.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien, juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte; á fin de llegar, de cualquier modo que sea, á la resurreccion de los muertos. No porque lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

REFLEXIONES.

Todo lo reputo por estiércol para ganar á Jesucristo. Así habla, y no sabe hablar de otra manera un buen entendimiento, un buen juicio, un hombre ilustrado con las luces de la fe, de corazon sano y de costumbres puras. La misma razon natural autoriza este modo de discurrir. Bienes, honras, gustos y pasatiempos del mundo, ¿qué valeis todos vosotros en comparacion de la eterna bienaventuranza y del manantial inagotable de todos los bienes que es el mismo Dios? ¿qué conveniencia, qué proporcion hay ni puede haber entre todos los bienes que puede prometer el mundo, con Jesucristo, principio, autor y repartidor de todo bien? ¡Buen Dios! ¿será posible que eternamente nos háyamos de dejar encantar, aturdir y deslumbrar por el vano sonido de palabras magníficas y grandes, que reducidas á su justo valor, solo significan unos bienes fantásticos ó imaginarios?

Con efecto, ¿cuándo hubo en el mundo bienes reales, verdaderos y permanentes? ¿Pueden acaso hallarse jamás en él bienes algunos que llenen el corazón, que le sacien, ni que hagan al hombre verdaderamente feliz? Decidme, opulentísimas riquezas, empleos brillantes, honores sobresalientes, títulos pomposos, nacimiento esclarecido, engañosos pasatiempos, fortuna fugaz y deslumbradora; ¿qué sois en suma á los ojos de Dios? ¿qué sois á los ojos mismos de ese infeliz afortunado cuando está para morir? Nubes investidas de luz, pero sin agua, que un soplo de viento las agita por el aire: humo que engaña á quien corre tras de él, y se disipa al paso que se eleva. ¿Cuándo hizo feliz á un hombre aquello que irrita el orgullo y la concupiscencia, aquello que lisonjea á los sentidos y al amor propio? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad*, esclama el hombre mas rico, el mas poderoso, el mas feliz que vió jamás el mundo, despues de una larga y tranquila esperiencia de todo cuanto este es capaz de prometer. Sin embargo, este vano concepto de felicidad que los hombres se lisonjean lograr en la posesion de las honras y de los bienes de la tierra, es un concepto errado de que ninguno puede, ó digámoslo mejor, de que ninguno se quiere desengañar. Todos los bienes, todas las honras, todos los gustos del mundo no tienen otra cosa buena que el sacrificio que se hace de ellos. Su posesion es un manantial inagotable de cuidados que fatigan, de inquietudes que desvelan, y de remordimientos que punzan. El monarca mas poderoso nace pobre y desnudo por lo que toca á su persona; y aunque sea dueño de todo el universo, aunque reine por el mas dilatado espacio de tiempo que sea posible, al cabo es preciso que muera como el mas vil de todos sus vasallos. ¡Oh, y cuánta verdad es que solamente los santos son los verdaderos sabios, y que la verdadera sabiduría consiste en reputar todas las cosas por basura; por dignísimas del mayor desprecio por ganar á Jesucristo, única fuente de toda felicidad y de todo bien!

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazón.

MEDITACION.

Sobre tres devotas máximas muy familiares á nuestro santo novicio.

1.^a *Non sum natus presentibus, sed futuris.*

No nací para las cosas presentes, sino para las futuras.

2.^a *Melius est cum obedientia parva facere, quam per propriam voluntatem magna prestare.*

Mejor es hacer cosas pequeñas por obediencia, que emplearse en cosas grandes por su propia voluntad.

3.^a *Mater Dei est mater mea.*

La Madre de Dios es mi madre.

PUNTO PRIMERO. — Considera que todo cuanto hay nos predica esta verdad: *No nací para las cosas presentes, sino para las futuras*. Lo caduco, lo vano, lo insustancial y la nada de los bienes, de las honras, de todo aquello que nos encanta en la tierra; la fe, la razon, la brevedad de la vida, todo nos está diciendo, que nos echó Dios á este mundo para un fin mas noble, mas excelente que todo lo criado. Nacimos, por decirlo así, con este fondo de religion. Conocemos, sentimos, palpamos que ninguna criatura nos puede hacer dichosos, y que solo Dios es nuestro último fin. No pudo Dios criarnos para otro que para él. Cualquiera otro fin seria incapaz de llenarnos. Sobre este punto no tenemos mas que consultar á nuestro propio corazón. Desde que comenzó á vivir, dice y dirá por toda la eternidad: *Fecisti nos, Domine, ad te; et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*. Para solo Dios fui criado, y estaré inquieto, hambriento y sediento hasta que me llene de mi Dios, hasta que descanse en él. Esta verdad, este pensamiento hizo que el bienaventurado Estanislao mirase con disgusto y con desprecio todo aquello que mas nos lisonjea en el mundo. Cuna ilustre, opulencia engañosa, honras inseparables de su nobleza, esperanzas tan bien fundadas en su nombre, en sus prendas personales, en la brillantez de su entendimiento, en su natural amabilidad, en el favor de los grandes, y en todos los atractivos de su amabilísima persona. A la edad de quince años, cuando el mundo presenta á la imaginacion y al corazón lo mas tentador, lo mas lisonjero que tiene; cuando se aparentan tan floridas sus entradas, Estanislao descubre debajo de aquellas engañosas apariencias la insustancialidad, la vanidad de todo lo que lisonjea á las pasiones